

Abuelita Monona

Por Glorianne Román, nieta de Titi Monona



*Ramona Dávila Ortiz
Titi Monona (1898-1987)*

“Titi”, “tita”, “tía Monona”, “Doña Ramona”, fueron muchos de los títulos que mi abuela llevó en adición a “Mamá” y por supuesto, “abuelita” como la llamé toda mi vida. De niña le preguntaba, “abuelita, ¿qué hora son?”, a lo que ella me contestaba, “se dice, abuelita qué hora es, a no ser que seas uno de los nietecitos del tango que por su ignorancia preguntaban, abuelita qué hora son”. Me cantaba el tango y luego proseguía con una lección de gramática y del buen uso del lenguaje. Escuchar a abuelita entonar una canción, con voz robusta y calibrada, ilustrando el amor de unos nietos que perdura aún luego de la muerte, hacía que me olvidase del “qué hora es” y del “qué hora son” y que me dedicase a dibujar cada uno de sus gestos, movimientos y muestras de cariño para luego revivirlos cuando se fuese a acompañar a la abuelita del tango.

Hoy día, no soy buena en gramática, pero me apasionan el tango y las abuelitas. Esta historia, que guardo en mi cajita de recuerdos con otras historias de abuelita, me ha convertido en la persona que soy, un ser humano maravilloso, lleno de amor y compasión hacia mi prójimo.

Sé, que mis hermanos y otros sobrinos/as de abuelita tienen sus propias historias ricas en enseñanzas para contar y sé que las aprendieron en “el balcón de las viejas”. Abuelita Monona vivió gran parte de su vida adulta con su hermana menor, Titi Fe y el balcón de su casa fue para nosotros el aula más enriquecedor, retador y estimulante de todo San Juan. El cris-cris de sus sillones fue el acompañamiento a sus anécdotas e historias infantiles, las cuales utilizaban para alimentar nuestra imaginación y retar nuestro intelecto.

Abuelita visitaba conmigo a Doña Ramonita, su “amiga de toda la vida”, como ella le llamaba y en donde Gloria y Wilna, hijas de Doña Ramonita, a quienes yo consideraba casi tías, en ocasiones estaban presentes. Allí también había sillones, historias y fotografías de los hijos y nietos de Doña Ramonita. De estas fotografías guardo vagos recuerdos, de cómo a través de las historias que pareciesen producto de la imaginación de las Ramonas, adquirían vida los personajes que allí se retrataban. Imágenes fantasiosas quedaban grabadas en mi mente, confundándose con las de mi padre, hijo único de abuelita, quien vivió desaparecido por unos ocho años y a quien aprendí a amar a través de sus recuentos, muchas veces durante esos momentos. Hilvanando estas historias, la conversación de las amigas se convertía en una peculiar jeringonza que incluía frases telegráficas y oraciones incompletas, copiando la gramática de los nietecitos del tango y acompañadas por el corillo de letanías, “hay que elevar

una oración al Todopoderoso”, “nunca se pierde la fe”, y “ya verás cómo con oración todo se logra”.

Estuviese en el sillón del balcón de las viejas o en el sillón del mirador de Doña Ramonita, abuelita siempre irradió elegancia acompañada de una sonrisa tierna y dulce. Nunca tuvo comentarios maliciosos que comprometiesen a nadie, ni nunca juzgó una acción ajena. Sus mensajes fueron de amor y compasión hacia los demás, aún cuando fuese herida por otros. Su voz fue fuerte y su paso firme. Esta Monona guapa, reservada, digna, dulce, con valores de amor, compasión y de gran fortaleza es la que guardo hoy en mi corazón y la que de noche me arrulla en mis sueños.

Cuando al correr del tiempo, Gina descubre nuevamente a abuelita Monona en Yabucoa, sentada en un sillón haciendo mundillo en compañía de su gran amiga Doña Ramonita, me sentí confundida y con gran desasosiego. ¡Recobrar a abuelita, debía ser motivo de gran alegría! Pero, abuelita ni cosía ni hacía mundillo. Y esta nueva abuelita, no tan sólo domina el arte del mundillo sino que no es nada reservada, como decimos en buen puertorriqueño, no tiene pelos en la lengua, dice lo que tiene que decir y al que le caiga el sayo que se lo ponga, incluyendo, a pesar de lo mucho que las quiere, la misma a Gina y a su buena amiga de infancia Ramonita. En apariencia, lo único que tiene en común esta abuelita con la abuelita que me besa en mis sueños es el gran amor y orgullo que ambas sienten por su querido pueblo de Yabucoa.

Gina, ¿en dónde está mi abuelita?, me atrevo a preguntar. Sin esperar respuesta, nuevamente miro con cariño a esta nueva abuela y la veo ahí sentada en el sillón, pensativa, reviviendo valores aprendidos y vividos, para con afán y determinación pasarlos a nuevas generaciones; la escucho hablar con palabra franca y honesta, sin dobleces, la verdad siempre la verdad aunque nos duela, veo su sentido de humor, su disposición para hacer el bien y su compromiso hacia la justicia y sobre todo, el sentido de responsabilidad hacia sí misma, hacia Dios y hacia su prójimo. Se descubre ante mí este ser radiante y maravilloso tejiendo futuros de vida, esperanza, caridad y amor para los suyos y los no tan suyos. No puedo retener las lágrimas, cuando reverentemente digo, “Bendición, abuelita ¿qué hora son?” y me acomodo en mi sillón imaginario a escuchar la lección, que esta vez, prometo aprender.

Gracias, Gina.